

# EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves, 1.º Octubre 1914.-Número 40.

SUCURSAL:  
RIVADAVIA, 698  
BUENOS AIRES

**EL MOTÍN**  
PERIÓDICO SEMANAL  
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

LERROUX Y LA NEUTRALIDAD

## CONVERSACION AMIGABLE

El viejo é ilustre republicano que fundó y dirige *EL MOTÍN* tiene la pluma ágil y el entendimiento fuerte. Como hábil periodista, puede en todo momento defender con igual elocuencia el pro y el contra de las cosas. Basta, para eso, con que á él le parezca hallarse en posesión de la verdad.

Atrincherado en sus posiciones, el señor Nakens enfla hacia nosotros, en forma de batería, un cuestionario sobre lo que entiende deberes de un jefe revolucionario, en relación con la actitud actual del señor Lerroux. Lo combate, ¿cómo no? Hace mucho tiempo que el señor Nakens no ha hallado ocasión favorable para defender al Partido Radical y á su jefe.

Las diez preguntas del cuestionario que el Sr. Nakens dirige á *El Radical* nos han hecho reflexionar. Pero ¿de veras no hay otra cosa más que eso en el acto del Sr. Lerroux? ¿No ha hallado el Sr. Nakens cosas que elogiar en la actitud de Lerroux, ni tampoco cosas mayores que impugnar?

Después de leer y repasar atentamente el cuestionario que publica *EL MOTÍN*, hemos fortalecido nuestro criterio. Lerroux tiene razón. Lerroux está en lo firme y defiende la causa buena, la causa justa. Cuando un hombre del talento y de la agu-

deza de Nakens no halla otros cargos que hacerle, es que, sin duda, no existen poderosas razones para condenar la actitud de Lerroux desde el campo republicano.

Porque las diez preguntas de *EL MOTÍN* pueden, como los mandamientos, reducirse á dos; aquella en que se colocan frente á frente el objetivo Patria y el objetivo República y aquella otra en la que se pregunta «si se deben despertar en los franceses esperanzas que, al verse defraudadas, pudieran trocarse en odios».

La primera de estas preguntas no habrá español, por republicano que fuera, que no la contestara de la misma forma. Cuando amenazan peligros para la Patria el deber de todo ciudadano, librepensador ó católico, republicano, socialista ó monárquico, es correr á conjurar el peligro. Por otra parte, esa pregunta la ha contestado Lerroux en cien discursos, siempre que ha definido la idea de Patria y la idea de República.

La segunda tiene aún más sencilla respuesta. La misma actitud irritada del Gobierno ante el acto del insigne patriota y jefe de los radicales lo está diciendo á voces: son los republicanos radicales españoles, es el Sr. Lerroux el que, viendo la libertad de Europa comprometida, fué á Francia á ofrecer el apoyo ideal de su partido y de su persona. ¿Cómo habían de trocarse en odio las esperanzas defraudadas? Y aunque así fuera, ¿contra quién sería ese odio? ¿Contra España? No, no y no. ¿Contra Lerroux y los republicanos? Locura es pensarlo. ¿Contra quién, entonces?

¡Ah, señor Nakens! Razón tenía usted al decir que muchas veces escribe al galope. ¿No sería ésta una de esas veces?

Sentimos que sea el Sr. Nakens el que encierre en un cuestionario estrecho, reduciéndolo á fórmulas llanas y vulgares, la actitud de Lerroux y su alcance para el porvenir de España. Ya quisiéramos decir más; pero... El Sr. Nakens, tan versado en la historia política de nuestra Patria, principalmente en la contemporánea, por haberla vivido, podría, ayudado de su talento y sagacidad, suplir lo que como explicación falte al conocimiento público. Por lo demás, nosotros, de la misma manera que el ilustre y viejo republicano, con-

sideramos suficientemente discutida, por ahora, esta cuestión.

Esto es todo lo que *El Radical* contesta á cuanto dije en el número anterior sobre el acto de Lerroux.

Creo que pudiera refutar sus aseveraciones; ¿mas para qué, si no habíamos de entendernos?

Una sola de sus afirmaciones me complacería ver desvanecida: la de que yo vengo hace tiempo atacando al partido radical y á Lerroux.

Descartemos desde luego al partido, porque nunca lo censuré; y en cuanto á Lerroux... Que se me señale una línea sola en que yo me haya hecho eco de las enormidades que unos y otros han dicho contra él.

He juzgado actos suyos con los que no podía estar conforme, porque trocaban en otro al Lerroux que todos conocíamos y del que esperábamos tantas cosas. Mientras se mantuvo fiel al programa que desarrolló al llegar á Barcelona, y merced al cual reunió el núcleo más formidable de fuerza real que ha existido en el partido republicano, ¿le faltó alguna vez mi aplauso? ¿Le negué nunca mi apoyo? ¿Quién, con más brío y tenacidad que yo, lo defendió cuando trataron de ahogarle moralmente en el Congreso?

Si después he combatido ciertos actos suyos ¿ha sido por haber variado yo de criterio, ó por haber variado él? Dada mi manera de pensar ¿podía yo aprobar sus declaraciones gubernamentales, ni la justificación del fusilamiento de Sánchez Moya, ni la presentación de la candidatura de prestigios para restarle votos á la republicana? No; yo no podía aplaudir nada de eso; yo tenía forzosamente que combatirlo; por mi historia, lo único que poseo; por el republicanismo, al que completamente me debo.

Y tampoco podía pasar en silencio el acto realizado en París. Hubiese hablado en nombre propio y en el de sus adeptos, siguiendo el cumplimiento á la oferta, y el primero en elogiarle fuera yo; aquello hubiera sido grande, heroico, digno hasta de aquel Pizarro que, trazando con su espada una línea en el suelo, invitó á los suyos á pasarla, y con los trece que lo hicieron se lanzó, ante la cordillera de los Andes, ante dos mil leguas de costa, y ante el imperio de los Incas, á la conquista del Perú. ¿Pero ir á ofrecer espe-



ranzas á los aliados, tomando en boca los nombres del Rey y del Pueblo, y volverse á España, no á hablar á los suyos como Pizarro, sino para regresar á Francia cuanto se lo indicó el gobierno cuya actitud neutral desaprobaba?... ¡No, no! ¡Yo no podía ni debía callar! ¡Aquello no era un gesto grande, ni aquél el Lerroux que yo había soñado!.....

Por todas estas razones, me complacería que *El Radical* reconociese que, si de algún tiempo acá no he aplaudido á Lerroux, ha sido porque él no me ha presentado ocasión de hacerlo, no porque yo haya variado de criterio, ni intentado desprestigiarle.

Si lo hiciese, debería una atención más al querido colega; y si no, me abroquelaré contra los ataques de la injusticia con el escudo de mi recta, desinteresada y revolucionaria intención.

JOSÉ NAKENS

De ciudadanía mostrenca

## ¿Soy "paria", ó no?

El día 22 fui citado á comparecer ante el Juzgado del distrito de la Universidad, para declarar en una causa que lleva este motivo: «por escarnio á los dogmas de la Religión Católica.»

El título, como se ve, es ya un prejuicio. Habla de «escarnio» en sentido absoluto, como si estuviese ya probado el hecho y convencido el delito. La nomenclatura judicial que á las veces por un tiquis-miquis gramatical levanta un Calvario y llena millares de folios, en la redacción de la portada de los procesos, presenta la manga con anchura bastante para colar esta injusticia del prejuicio.

Bien, lector. Cuando aquella portada dice «por escarnio», su razón tendrá.

Y como quiera que el escarnio no está todavía probado que exista en el escrito denunciado (según dice el documento), si no se trata de una demasía de lenguaje injuriosa para el acusado, será que de hecho existe el escarnio en otra parte. Y cierto: en teología moral, que es una vieja muy corrida en cosas de curia y de sacristía, se enseña que hay tres maneras de escarnecer: una, ultrajando; otra, defendiendo, y otra tercera, persiguiendo sarcásticamente el escarnio.

El hecho ahora entra *sub judice*.

Ya veremos quien será el autor del escarnio, si es que lo hay.

Fui presentado al Juez. En Dios y en mi ánima digo que no querría

otro juez en mis procesos. Es el que siguió el pleito puesto de Real Orden á mi matrimonio, y por tanto, me era ya conocido.

Estoy por decir que es el juez ideal D. Manuel Moreno.

Si fuese igualmente ideal la justicia de la cual es instrumento ejecutor, podía uno dar como caso de fortuna el verse enjuiciado. Espejo de la cortesía, en su semblante sereno y en su apacible rostro, desaparecen las angulosas arrugas de la vieja justicia.

Así es que, de haber de tratar con jueces, me felicité de mi suerte. Fui preguntado sobre ello y declaré ser el autor del artículo *El monopolio de Dios*, publicado en *EL MOTIN* y denunciado como «escarnio contra los dogmas de la Religión Católica».

Desde luego entendí que se trata de un estupendo error, que veremos en el Juzgado y aquí también.

El simple enunciado de la causa instruida, contiene una porción de conceptos que convendrá analizar hasta el átomo. Va á ser una causa teológico-criminal, en la cual resucitaremos los famosos lances aquellos que antaño se libraron en la Inquisición española, cuando ésta se atrevía á proceder contra escritores probos y pundonorosos como Carranza, Vergara, Cazalla y Noris.

Si, señores: cuando un tribunal se constituye para calificar un escrito de «escarnio contra los dogmas de la Religión Católica», hay que mirar primeramente si entiende bien lo que es el catolicismo teológico-jurídico, lo que es la Religión, lo que son los dogmas, lo que es el escarnio y las relaciones que mediar puedan entre el escarnio y el dogma: ideas todas muy elásticas, y que, en manos de un inepto se prestan á muchos abusos.

De esto ya veremos oportunamente lo que sale. Por lo pronto va á salir lo contrario de lo que el título de la causa presupone; es á saber: resultará que el artículo *El monopolio de Dios* es la protesta de la Lógica contundente é irrefutable contra el escarnio que con ocasión de la guerra se hace de Dios, violando con insoportable cinismo ó con irritante hipocresía el segundo precepto del Decálogo: «No tomarás el nombre de Dios en vano y menos para fines criminales.» Ya veremos si este precepto es aceptado como dogma por el tribunal, en cuyo caso veremos cómo el ministerio fiscal libra del carácter de escarnio los hechos allí citados, y cómo se defiende de la Lógica, que es ley prioral del reino, en España y en Bombay.

Mas antes de ver esto, hemos de ver otras cosas menos importantes pero más curiosas.

No hace tres años que fui obligado

á comparecer en la misma sala tribunalicia, citado por el Fiscal, que vino á decirme:

—Para la justicia legal de la nación eres, á irremisible perpetuidad, ministro de Jesucristo y de la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana. Y como el Papa te prohíbe casarte mientras á él no le dé la gana de dispensarte, tu matrimonio es ilegal ante la Nación Católica.—

Al encontrarme citado de nuevo para el caso presente, terminada la declaración, hube de recordar la personalidad jurídica que, como sambenito me impone la justicia nacional y hube de plantear el siguiente conflicto jurídico-legal.

«Señor Juez: por más que yo hago para borrar el carácter eclesiástico, este Tribunal se niega á reputarme libre de él. El tribunal es, pues, quien se crea el siguiente conflicto con ese *Carácter indeleble*, de su hipótesis.

El mismo Papa que prohíbe mi matrimonio, prohíbe al juez laico el obligar al Carácter á comparecer ante su tribunal, sin previo permiso del ordinario, pena de excomunión, y prohíbe al Carácter eclesiástico, comparecer ante el Juez sin advertirle esta excomunión pontificia, idéntica á la que fulmina contra el que se casa sin su dispensa. Así pues, mientras el Juez no presente la dispensa pontificia para proceder contra mí, rige la excomunión y la nulidad canónica de lo que se actúe, con menosprecio del Pontificio y con escarnio ó menosprecio del Carácter aquel, sostenido por el Juzgado, contra mi voluntad. Pues escarnio debiera llamarse con toda propiedad al acto de vestirme el carácter para poderme ofender en un derecho natural, y de desposeerme de él á renglón seguido para ofenderme en un derecho de escritor.

Si el Juzgado dice que es imborrable el Carácter, sostenga su propia sentencia y no borre hoy lo que ayer declaró imborrable.

Cuando esté provisto de tal dispensa pontificia para proceder contra el Carácter, este Carácter está obligado por otros cánones de la Religión oficial del Estado, á recusar al tribunal civil por incompetente en razón del asunto que se trata, ó sea un hecho religioso, reclamado por la Iglesia como de su única y exclusiva competencia y cuyo conocimiento el Ordinario tiene que reclamar, so pena de prevaricación.

Y siendo así, y siendo católico el Juez, el Carácter le requiere á que se inhiba de la causa por razón del Carácter del presunto delito, y por razón del presunto Carácter del acusado.

Si el tribunal eclesiástico no protestara contra este atropello de sus



cánones y del decreto pontificio, será porque en lo favorable me considera desposeído de su fuero ante la justicia; y como quiera que este tribunal me declara sometido á aquel fuero en lo odioso; por virtud de ambos hechos se me crea un estado jurídico excepcional que me induce á pensar que no soy considerado ni como eclesiástico, ni como seglar, en lo propicio, y que soy considerado de ambos modos en lo gravoso. Lo cual es enorme é intolerable ante la seriedad. Este «carácter anfibio» resultante, viene á ser el de «apóstata ante el Estado Católico.» Esto es: sometido á las penas legales del Estado y desposeído de los derechos; con lo cual, el tribunal, más que tribunal de la nación, se haría una derivación del tribunal eclesiástico y su brazo secular disimulado dentro de la conciencia católica del juez.

Y siendo así, hálleme en el caso de recusar al Juez Católico, á quien, la disciplina de la Iglesia le impone como prejuzgada la causa, siendo inútil todo proceso.»

Oyó el señor Juez con su peculiar benevolencia el alegato que aquí he diluido, y dijo:

—Está en su derecho de alegar lo que cree favorecerle. Pero las recusaciones deben presentarse en forma y sazón.

—Señor Juez: agradezco su fina atención. Realmente la ley ordena al Juez instruir al profano en las cosas de derecho. Pero cuando estaba allá, en el otro campo, era orden terminante presentar estas protestas del *Carácter* en el acto de comparecer, para que—dice la Iglesia—ni por un momento crea el Juez laico, que se le ha reconocido autoridad y competencia.»

Y terminó el acto.

El día 24 de Septiembre se dictó auto de procesamiento.

—«En forma!...»

—Buscar abogado y procurador que llenen papel de oficio para que no prospere la recusación... ¿para qué?...

La forma consagrada es para los rentistas y desocupados... En el juicio oral lo veremos.

Es deplorable que este conflicto se suscite durante la barahunda de la guerra europea. No se trata de la colisión armada del Imperio alemán con el resto del mundo: trátase de la colisión jurídica del imperio vaticano con la conciencia universal.

Del lío oficial de España entre Concordato, Constitución, Código y Convencionalismo, voy resultando un «parias». Y esta es la cuestión que me propongo plantear en los tribunales de la nación. O se me trata como lo uno ó como lo otro: pues eso de ser ambas cosas para recibir es-

tacazos y no ser ninguna de ellas para rechazarlas, es una exorbitancia.

¿Existe el «parias» en España?

Ahora lo veremos.

El tribunal se empeña en fosilizar el «carácter indeleble». Aquí de las *actas* de San Pablo.

¿Carácter quieres? ¿A la Iglesia invocas? Toma Iglesia. Toma dogma pontificio. Toma carácter osificado, y roe el hueso.

*Se enti et volenti non fit injuria*, dicen el Derecho canónico y el civil.

S. PEY ORDEIX

## El Jesuitismo en la guerra

### Para los aliados

Sabido es que el clericalismo español es la zarpa del jesuitismo. La prensa es su jauría ladradora; los «requetés» son sus perros de presa.

Sabido es también que esta prensa clerical española, se declaró desde el primer momento de la guerra, rabiosamente austro-germanófila, pregonando ser el Kaiser «el brazo de Dios» y ser Francia «la horda de Satán»: dispensando á los ejércitos beligerantes el trato correspondiente á los dos susodichos conceptos.

Temiendo que la simpatía nacional, la afinidad de sangre y de intereses, los convenios secretos de los Estados y el amor á los ideales que en la guerra luchan, pudieran inducir al gobierno español á aliarse con los franceses, los clericales, para favorecer á Austria, se hicieron heraldos de la neutralidad del Estado, hasta el punto de atribuírsela como cosa propia, como hazaña del requeté, habiendo habido ganso tan grande que lo ha afirmado con todas sus letras, y ha asignado al Gobierno el triste papel de comparsa del clericalismo en esta obra.

Que el clericalismo va en esto de acuerdo con el gobierno, ya nadie puede negarlo. Ahí están los privilegios concedidos á la prensa clerical para su atroz campaña difamadora de los aliados, en contraste con las denuncias sufridas por la prensa liberal por supuestas injurias á los austriacos, al condenar las violaciones del derecho divino y humano publicadas por la prensa.

El escándalo rebasó las fronteras. Los Estados agraviados hanse visto en el caso de llamar la atención del gobierno del rey.

Pero el clericalismo imperante, ha utilizado estas mismas quejas contra los unos para cargar su ira sobre los otros.

Jesuitismo puro: clericalismo de la peor calaña.

Esto sin contar con que el jesuitismo, según su costumbre, aprove-

che la distracción del público entretenido en las cosas de la guerra, para colar en la Gaceta medidas de exaltado clericalismo y para amenazar las personas que estorban sus planes.

Tal es el jesuitismo en España.

Pero el jesuitismo, fiel á la naturaleza aquella del Loyola, revelada en la *Resurrección Histórica*, al propio tiempo que en España y por medio de sus fuerzas vivas practica el germanismo rabioso, en sus órganos oficiales adopta la actitud contraria. Tal es el carácter peculiar del jesuitismo.

Así es como la *Civiltá Cattolica* de Agosto, defiende la actitud de Bélgica contra Alemania, calificando de «violación brutal» la invasión del territorio, cuya defensa, dice—«ningún hombre de honor podrá condenar.»

Tal es la postura que ante el público internacional adopta la Compañía de Jesús, en su órgano diplomático.

Harto se ve que las palabras de la *Civiltá* caen de lleno sobre los jesuitas españoles que han ridiculizado y escarnecido la defensa de los belgas.

«No son hombres de honor»—dice la *Civiltá*, y tiene razón—; son jesuitas, que tienen renunciada la fama y honor públicos. Pero bueno es testimonio tan autorizado para poder aplicar el dictámen á los clericales españoles.

«No son hombres de honor»,—viene á decirles la *Civiltá*—; tan sin honor y tan sin vergüenza, que han aplaudido, defendido, celebrado y encomiado la «violación brutal» del territorio belga.

Según esto, es evidente que el autor de una violación brutal, es un bruto violador; y tanto ó más brutos que él se hacen sus defensores.

Aplíquense el cuento los jesuitas españoles.

El *Siglo Futuro*, El *Debate*, El *Correo Español* y demás defensores de la violación brutal... aplíquense el cuento. La Compañía de Jesús que secretamente inspira sus defensas, los exhibe ante el mundo extranjero como ruines defensores de una acción brutal.

El escrito de la *Civiltá* es extenso y razonado. Las razones que alega para demostrar la «brutalidad» de los alemanes y la hipocresía de los pretextos alegados para excusarla, son las mismas que en España ha invocado la prensa liberal.

En esto, la crítica de la *Civiltá* es idéntica á la de EL MOTÍN, á la de El País, á la de El Liberal, á la de Los Miserables.

La Compañía, para presentarse ante los Estados extranjeros, se viste el uniforme liberal; se apropia



nuestros discursos; se suma á la crítica antigermana; se avergüenza de las «brutalidades» y de las «indignidades» de sus instrumentos españoles, de quienes reniega y á quienes implícitamente insulta.

Pero esta táctica que sus instrumentos ciegos «sin honor» y bandoleros de la «brutalidad» podrán aceptar resignadamente como humildes coadjutores, conviene traerla al balcón público para que, á su tiempo y sazón, los belgas, los ingleses y los franceses no se dejen cautivar por la «postura diplomática» del jesuitismo, tomada en la *Civiltá*, y comprueben que es la consabida «simulación pública» que esconde con protestas de honorabilidad y de lealtad cívica las secretas instigaciones de sus órganos de acción eficaz y positiva, que en España han tratado á Bélgica, Francia é Inglaterra, con simulado celo de neutralidad, tan mal ó peor que si España estuviese en guerra con aquellas naciones.

De este modo queda desenmascarado el Jesuitismo.

R. MAYOL

## Incógnita á resolver

Es evidente que en España la guerra europea, como todos los incidentes grandes ó triviales, ha tenido la virtud de dividir la opinión en tres partidos que, según costumbre nacional, van adquiriendo rabiosidad. Los tres partidos son: el germanómano, y por tanto galófobo: el galófilo, y por tanto germanófobo: el «neutral», que á su vez se subdivide en neutrales por egoísmo de estómago, y en neutrales por conciencia política nacional é internacional.

Los clericales se han declarado por Austria.

Ses conspicuos, con deplorable indiscreción, se han venido al público con insinuaciones transparentes de tener su respectivo pabellón en el Real Palacio y en sus periódicos han citado claramente los nombres de D.<sup>a</sup> Cristina y de don Fernando de Babiera, á quienes por tal causa han vitoreado, con vítores de marcado partidismo cismático-dinástico.

Los pregoneros y heraldos de esa campaña aparecen desnudos de toda autorización del jefe de su partido, que es antidinástico, y en cambio simulan poseer una investidura palatina, contraria á la disciplina y moral de tal partido.

### UNA RAREZA MUY RARA

Esta actitud del clericalismo activo, ofrece dos irregularidades.

Por ser católicos los clericales y los austriacos, parece que por ley

religiosa habían de hablar de Austria, su correligionaria, en vez de hablar de Alemania.

Pero, á más de esto, el clericalismo español actual, es notoriamente jesuítico. Al confesonario jesuítico van á someter su conciencia lo mismo Antonio Maura, que Senantes, que Polo Peyrolón.

Sin embargo, el jesuitismo se presenta ante la Historia, con el uniforme privativo de *antiluterantismo*. Cuando Satanás abortó á Lutero—dicen los jesuitas—Dios le opuso á Ignacio.

¿Cómo es que ahora el jesuitismo se hace adorador del Estado luterano?

¿Se propone ocultar la inspiración austriaca? ¡Misterio!

### LA COMANDITA DE VÁZQUEZ MELLA

El caso Vázquez Mella no es muy nebuloso y complicado. Desde el principio de la guerra austro-rusa, la prensa habló de la actitud de don Jaime, coronel del ejército del Zar y entusiasta «boulevardier» de París. Esta condición bulevardera y su título militar, le hacen necesariamente francófilo: y más que nada, le hacen defensor de Francia sus pretendidos derechos legitimistas al trono de aquel país, que por deber dinástico está obligado á sostener, y una vez sostenidos, ellos le obligan á jugar la vida en defensa de la nación.

Es indudable que los carlistas saben de esto más que nosotros. Conocen, pues, el compromiso de honor de don Jaime; y, sin embargo, como jaimistas se han lanzado á una rabiosa campaña antifrancesa y rusófoba, que por fuerza ha de repugnar á su jefe, quien así en Rusia como en Francia será reprochado de traidor á sus deberes militares y dinásticos, si no justifica su inconexión con sus partidarios.

Mella no ha exhibido—que sepamos—autorización alguna de don Jaime. En cambio se ha tomado en boca el nombre de D.<sup>a</sup> María Cristina.

En vista de tales embolismos, procede preguntar: el jaimismo, que prescinde de don Jaime y simula buscar inspiración en D.<sup>a</sup> Cristina, ¿es un partido político, ó una pandilla de danzantes? ¿Deben llamarse jaimistas ó cristinos? ¿Laboran por D. Jaime ó para comprometer á don Jaime?

Si yo fuese monárquico, censuraría acremente, muy acremente, el flaco servicio que con tales insinuaciones, verdaderas ó falsas, prestan á la Monarquía los sembradores de odios dinásticos que traen á discusión, so capa de fingido cariño, nombres que por solo el hecho de vitorearlos inoportunamente, resultan mellados y deservidos.

No contentos con esto, se habla además de oficiosidades consulares

y de servicios de Embajadas, en forma poco prudente.

Esta es al presente la incógnita que requiere más pronta solución. ¿Qué tratos tiene el clericalismo español con Alemania? ¿Qué hay de tales oficiosidades de las embajadas á los clericales y de estaciones telegráficas secretas? Un diario clerical publicó contra los «neutrales» una real ó supuesta frase de cierto político inglés, afirmando ser en España cosa fácil la captación de la prensa, y muy conocido el camino de lograrla.

Y por sus pasos contados, desde aquella conclusión de la corrupción de los ideales, descendemos hasta encontrar los extraños bahos de corrupción peor.

En este embrollo se juega con toda suerte de cosas sagradas y profanas, nacionales y extranjeras. Al percibir tales miasmas, debemos reaccionar y preguntar resueltamente: ¿Qué hay de esto último?

Y sobre todo, debemos negar resueltamente, mientras no prueben lo contrario, que cuenten con el apoyo directo ni indirecto del Estado alemán. Son los clericales los retoños de la Inquisición y el tronco del jesuitismo. El Kaiser no puede presentarse ante las naciones llevando á la derecha á Torquemada y á la izquierda á Loyola.

La acción alemana por su parte se ha producido del modo más eficaz para sacudirse ese abejorro del clericalismo español. El arrasamiento de templos y el fusilamiento de sacerdotes, ha sido un testimonio har to indigesto á nuestros clericales.

Un ejército «teo» é iconoclasta no habría podido hacer más.

Con esto parece aclararse la duda. Alemania rechaza el auxilio del clericalismo español.

Que se diga, si no, para que el mundo lo sepa. Mientras no se pruebe, sostendremos que el jesuitismo español se hace germanófilo sin que nadie le llame, y para comprometer á Alemania en el odio que inspira su secta.

Se hacen rabiosos defensores de Alemania, poniendo en ridículo la causa que defienden, al igual que ponen en ridículo la patria con su patriotismo, y dañan á la monarquía con su empeño de defenderla, y laboran contra la neutralidad al decir el carlista Luis Martín que es «obra exclusiva de los requetés, impuesta por ellos y con amenazas de guerra civil al resto de la nación». Con razón se añade á la letanía de los Santos:

—De la peste y de amigos comprometedores  
¡libranos, Señor!

S. PEY ORDEIX



## Consulta inesperada

Sr. D. José Nakens:

Muy señor mío: Comienzo declarándole que soy católico-apostólico-romano; que creo en todo lo que ha dicho, dice y dirá la Santa Madre Iglesia, la sola, la única verdadera que representa al Dios Creador universal. Pero declaro á la vez que hace algunos días asalta una duda mis creencias, perturbando mi inquebrantable fe.

He confiado ayer mis ansias á un amigo, y me ha aconsejado que me dirija á usted; á pesar de ser impío y estar excomulgado, porque me contestará sinceramente, cualidad que sobre todas coloco. Antes había acudido á dos sacerdotes de mi religión y no desvanecieron mi duda, que es esta:

Admiro los edificios monumentales de mi religión, no sólo por lo que representan, sino también por su par e artística, pues comprendo que mejor se adora á Dios en un templo grandioso que en una pobre iglesia de aldea.

He visitado muchas renombradas iglesias y catedrales, entre ellas la catedral de Reims, monumento admirable y admirado, lo mismo por el hombre religioso que por el indiferente ó el ateo, que á veces se sienten indecisos y dispuestos á creer en el Dios para quien se edifican tales maravillas.

Leo ahora que aquella catedral, en la que tantos reyes fueron consagrados, llena de reliquias y de joyas artísticas, de imágenes admirables, y en la cual se han verificado muchos milagros, ha sido destruida, quemada, reducida á un montón de escombros, no por accidente, sino por los teutones ó alemanes, entre los que hay protestantes y católicos, y pienso: ¿Cómo ha podido consentir Dios la destrucción de uno de sus más hermosos templos?

De niño me enseñaron que ni la hoja del árbol se mueve sin su voluntad; ¿cómo, pues, ha permitido que ese templo sea destruido, muriendo de paso muchos seres inocentes? ¿Habrá querido castigar así hipocresías, mentiras, orgullos y egoísmos, valiéndose de los protestantes, tantas veces excomulgados y maldichos por los Papas?

La sabiduría de Dios es grande, infinita es su bondad, inexcrutables sus designios, recta su justicia. Creo todo eso sin discutir; mas á pesar de creerlo, siento que la duda se va apoderando de mi espíritu, al pensar en el incendio de esa catedral, y acudo á usted, señor Nakens, para ver si me saca de ella, por lo mismo que no tiene interés alguno en disfrazar la verdad ni en ocultarla.

Para que usted pueda darse cuenta de mi estado actual, le diré que la noche que leí la horrorosa noticia, tardé muchas horas en dormirme; presa de sentimientos encontrados, tan pronto me invadía el dolor como la ira, el desaliento como la desesperación.

Cuando el cansancio me rindió, acometiome una pesadilla horrible, en la que vi al Todopoderoso en medio de diáfanas nubes, rodeado de vírgenes, santos, ángeles y arcángeles, mirando hacia Reims, y siguiendo con su mirada la parábola de las bombas alemanas, hasta que caían sobre la catedral; y al ver derribarse los muros, sepultando bajo ellos imágenes, órganos, vasos sagrados, ornamentos y todas las innumerables riquezas acumuladas allí, creí divisar en su divino rostro una sonrisa entre irónica y melancólica. Desperté horrizado, y desde entonces no sosiego, ni descanso, ni vivo. ¿Tiene usted la bondad de decirme algo que pueda ahuyentar mi duda?

Se lo agradecerá en el alma su atento servidor,

VADS

Sr. Vads

Muy señor mío: Ignoro quién es usted, y, por lo tanto, si es católico, como me dice; mas como no tengo derecho á dudar de su palabra, católico le considero, y voy á contestar á su consulta; no sin antes advertirle, que el amigo que le ha aconsejado dirigirse á mí, lo ha encaminado mal: si algún hombre debería inhibirse en estos asuntos, sería yo, por no tener creencia religiosa alguna; aunque, si bien se mirase, únicamente los poseedores de esta noble, excelsa y privilegiada cualidad deberíamos intervenir en ellos; no estando interesados en el triunfo de ésta ó aquella religión, podríamos juzgar imparcialmente. Pero no quiero inhibirme, y le respondo:

Su duda me demuestra que es usted católico de buena fe, (los hay de mala, y de pésima), y que busca usted la sabiduría, (*el principio de la sabiduría es el saber dudar*); y, por consiguiente, voy á hablarle con sinceridad y llaneza.

Ignoro si hay Dios, (igual que les ocurre á cuantos dicen que sí). Si existe, no sé ni cómo piensa, ni cómo obra (exactamente lo mismo que les sucede á quienes afirman su existencia); y por lo tanto, carezco de pruebas para asegurar si tiene voluntad, y, en caso de tenerla, si la emplea en inspirar á los protestantes alemanes la idea de pulverizar las catedrales que, para adorarle, levantaron los católicos. Y sería yo un necio y un petulante, si me metiese á desvanecer dudas basadas en creencias que no poseo ni me explico.

Por consiguiente, lo único que me

permite, es aconsejar á usted que no pierda la tranquilidad por satisfacer curiosidades malsanas. ¿Que Dios no existe? Tiempo perdido el que usted emplee en conocerle. ¿Que existe? Empeño inútil el de penetrar sus designios, que son impenetrables.

Pasemos, pues, al otro punto: al de la destrucción de la catedral de Reims.

Confieso á usted que me siento perplejo en el juicio de la acción alemana. Para acertar en él, hacía falta conocer, además de la psicología religiosa de la nación alemana, la psicología de los cabos de cañón cuyos obuses destruyeron aquellos edificios. ¿Eran católicos? En tal caso, su acto merece un juicio. ¿Eran luteranos, y por tanto, iconoclastas? Su intención tuvo que ser distinta, y el juicio, por consiguiente, debe ser distinto.

Por mi parte yo veo en las Catedrales los dos caracteres: Arte y Religión. En ellas, el Arte es lo secundario: la Religión lo principal. De este parecer es Mella, que ha escrito un artículo sobre el espíritu de las catedrales.

Y en este doble carácter, mi juicio se halla atraído por dos opuestos polos. El Arte, que me atrae como sentimiento humano y como expresión genial de la fantasía: la Religión, que repelo como símbolo de poderes extraños á la Humanidad, tiránicos, perturbadores de la conciencia y desviadores de la moral.

Al presenciar el derrumbamiento de la catedral, veo caer el Arte y veo caer la Religión. ¿Cómo expresar mi sentimiento sin incurrir en la nota de bárbaro?

Ya lo sé. Con el lenguaje de Cristo, al que invocan unos y otros. Por esto su autoridad es indiscutible.

Yo pienso de los cuadros, estatuas y demás artefactos de esos templos, lo mismo que Cristo pensaba de los ídolos de Egipto. Yo pienso de las Catedrales lo que él pensaba del templo de Salomón, que valía más que el mejor de los de ahora.

Cristo vió con gozo de su espíritu triturados los ídolos egipcios, y se insinuó como destructor providencial y meritisimo de la obra salomónica, no por lo que tenían de arte benéfico, consolador del espíritu y atenuante del dolor, sino por lo que tenían de religioso farisaico, de falso, de supersticioso, de impostura, de degradante para la Humanidad.

El modelo no me ha salido mal. Voy á ver si termino la consulta con habilidad bastante para que quiera, sin decir lo que

Dígole, pues. Esas rribadas, ¿eran más fá que fábricas de Catoli

Los católicos depl como ruina de fábrica



de arsenales de la Iglesia. A esta lamentación, yo respondo con la contraria.

Los arquitectos (en ellos simbolizo todos los artistas) deploran la pérdida de joyas de su Arte. Son llantos egoístas.

Yo no soy arquitecto de oficio, ni eclesiástico de industria. Soy hombre, y he de juzgar el caso como tal.

—Las catedrales hacen Arte—aseguran los arquitectos

—Y hacían Iglesia—dicen los eclesiásticos.

Para mí el Arte es un bien y la Iglesia un mal. Reducida á este término la cuestión, el juicio queda expresado en una fórmula matemática: es á saber:

$B - M = X$ .

En esta fórmula todo está en saber si el fruto de las catedrales es mayor en la Religión ó en el Arte. Si es mayor el fruto supersticioso, y esto debe considerarse como mal, la consecuencia es fatal. El Arte lleva en este caso el castigo merecido por servir una mala causa.

Pero basta de matemáticas, y de Arte y de Religión. Dígame yo lo que le diga, usted seguirá creyendo en Dios, si tiene la pretensión ridícula de vivir después de muerto; como yo seguiré felicitándome cada día de no creer en la existencia del Dios que nos pintan los católicos, para no verme obligado á dudar de su Bondad, su Misericordia y su Justicia, como le está á usted ocurriendo actualmente.

¿No queda usted relativamente consolado con mi consejo? Pues acuda á alguno de los que se dedican á explotar el nombre de Dios y que han inventado una llamada Ciencia Teológica, y él le probará á usted, que esos grandiosos templos destruidos; esos millares de millares de hombres muertos en la flor de su vida; esas innumerables madres, hijas y esposas llorando desesperadas; esos millones de seres humanos hambrientos que huyen de sus hogares incendiados; todo ese conjunto de horrores y crímenes de lesa Humanidad, son preparados ó consentidos por el Dios que han creado, y al que fingen adorar, y en el que yo no creo para no verme obligado como ya he dicho á usted, á calumniarle, atribuyéndole intervención directa ni indirecta en esos horrores, en esos crímenes...

De usted atento servidor.—J. N.

## Los libros de "El Motín"

Me veo obligado á prorrogar por un mes más su venta á precios reducidos.

## Toda España Corazón

La Correspondencia, siempre tan religiosa (jeje!) afirmó hace días que celebraría mucho el que se erigiese en la Puerta del Sol un grandioso monumento al Sagrado Corazón de Jesús. Por nosotros ya pueden empezar las obras cuanto antes: no habiendo ya celebridad matritense ni española, ya muerta, ya viva, sin su correspondiente apoteosis de piedra, la idea de levantar una estatua al Corazón de Jesús en el riñón de la Corte y en el sitio más visible nos parece de perlas.

Precisamente es una cosa que estaba haciendo muchísima falta; había en Madrid repartidas por las iglesias y conventos unas tres mil imágenes del Sagrado Corazón sin contar las desparramadas en casas particulares, fachadas, puertas, etcétera, etc. No basta la consagración oficial, hecha por un jesuita de España al Sagrado Corazón, y verificada con toda pompa en el regio alcazar en los días del Congreso Eucarístico; hace falta una demostración pública, ruidosa de esta consagración, para que todo el mundo la vea, sepa y entienda, y ningún sitio más adecuado que la Puerta del Sol.

Como en Madrid no hay un Montmartre, ni un Tibidabo, el sitio más adecuado es ese, donde la vida urbana bulle con más intensidad y el extranjero visita aunque no quiera.

La estatua será monumental, rebasará el reloj del ministerio de la Gobernación; por ahora el plan es que sea de bronce, pero si la cosa da resultado, que lo dará, se hará de plata maciza, con un corazón descomunal de oro purísimo fundido con las joyas de todas las damas católicas madrileñas que las cederán gustosísimas para ello.

Sí, toda España llena, saturada de Corazón de Jesús. Cuanta más miseria, más pobreza, más hambre caiga sobre los españoles, más patente debe hacerse el reinado del Corazón de Jesús sobre nosotros. Jesús es el soberano indiscutible de los parias, de los desamparados, de los perseguidos, de los famélicos, y es preciso que su reinado se haga bien patente entre nosotros. Y cuanto más abunden los Corazones sagrados de bronce ó de piedra, más duros se irán haciendo los corazones de carne, para que el egoísmo, la avaricia, las entrañas duras y la persecución estén en consonancia con los rasgos característicos que acompañan á este reinado.

Sí, surja, surja cuanto antes en el centro de la Puerta del Sol ese gigantesco Corazón de Jesús, de proporciones monstruosas como el coloso de Rodas, á cuyos pies y som-

bra vayan á cobijarse los madrileños, mientras se rascan los piojos y devoran la sopa que les sirvan en los espléndidos conventos.

FRAY GERUNDIO

## La acción de las naciones neutrales en la guerra

Se ha dicho y repetido que la «neutralidad» en frente de las naciones combatientes, tiene sus límites de razón y de posibilidad.

La complejidad de la vida moderna, unifica los intereses de todos los pueblos en el comercio, en la industria, en el arte, en las creencias y en las aspiraciones. Cada pueblo está esparramado de muchos modos en todos los pueblos del globo, como cada ciudad va siendo cada día más cosmopolita.

Estos intereses materiales y morales, y siempre universales, se resienten de la guerra donde quiera que se produzca.

Todos sufren, todos padecen. Y pues la impresión de dolor que la guerra causa es general, ha de ser general el sentimiento: la neutralidad moral es imposible. En cada caso de guerra se halla interesado todo el mundo, ó en sus afectos, ó en sus ideas ó en sus intereses.

Enhorabuena que los Estados se arroguen el derecho y se impongan el deber de ordenar la «neutralidad política oficial» que, para evitar mayores males, reales ó imaginarios, acuerdan ante un caso de guerra inevitable. Esta neutralidad oficial está limitada por su misma naturaleza, á la acción oficial del Estado y á las manifestaciones del ciudadano que tengan carácter peculiar nacional: de ningún modo puede extenderse á otros actos de la vida, garantizados por las leyes y superiores á su alcance.

La neutralidad de los Estados, está además previamente definida y determinada por los convenios internacionales, que fijan la capacidad de los Estados y someten á reglas fijas las leyes de la guerra.

En tales convenios, las Potencias signatarias se obligan y se comprometen á guardar cada una por sí, y todas juntas á imponer á cada una en particular, estas leyes.

Por esto es deber político de todo ciudadano denunciar á los Estados las transgresiones de estas leyes, y requerirles con la energía debida á la defensa de la ley pactada y al castigo de los delitos que se cometiesen.

Denunciar estos delitos, es auxiliar á esos Estados: reclamar el castigo, es trabajar por el honor y probidad de los que pactaron las leyes; protestar contra las complacencias

atedrales de-  
icas de Arte,  
smo?  
an su ruina,  
religiosas y



indebidas, es evitar el delito de prevaricación, que, al ser cometido por el Estado, su culpa se hace efectiva sobre todos los nacionales.

¿Es así cómo debe entenderse en España la neutralidad?

¿Es este el criterio moral y jurídico que debe guardar el Estado español?

En las argucias de ciertos Estados faltos de seriedad, es arte gatuno prohibir al ciudadano denunciar las violaciones de aquel derecho internacional, con pretexto de la neutralidad. Con lo cual se invierten los términos.

En los primeros días de ordenarse la neutralidad en España, la opinión quedó suspensa y aturrida por ignorarse la elasticidad que se aplicaría á tal estado de cosas en las materias de prensa.

Repitióse en este caso el hecho de terror que se produjo sobre el caso Ferrer. La crítica quedó muda de espanto.

Por algo será que los alemanes conocedores de España, afirman que el español obra siempre por miedo y solo por miedo. El miedo le hace hablar y le hace callar.

En el caso de ahora, como entonces, ha sido menester que viniese la prensa extranjera.

Sólo la prensa clerical, en virtud de facultades ignoradas, emprendió el ataque á los aliados con ardor insuperable. Difícilmente habrían podido hablar con mayor licenciosidad, si España se hubiese pronunciado en guerra contra ellos.

La prensa liberal, que considera en la guerra, más que los factores mercantiles y nacionales de los combatientes, la lucha de las ideas que van encarnando, tiene que proceder con timidez igual á la que podría dominarla de haber entrado en guerra. Ha faltado poco para que se añada á la Constitución tácita que funciona detrás de la otra, este artículo: «las violaciones de los austro-germanos son inviolables.»

Sobre todo los periodistas que carecen de la inmunidad parlamentaria, se ven forzados á escribir con verdadera aflicción.

Con ello se está creando una situación en España sobre la cual es preciso llamar la atención del lector.

*El País* ha protestado valientemente contra el hecho, que ha señalado al Estado. La prensa clerical resulta inmune en sus ataques á los aliados; la anticlerical es perseguida por sus protestas contra las violaciones jurídicas de los contrarios.

Los Estados Unidos é Italia, naciones neutrales son. Allí la opinión liberal ha tenido rasgos de valentía á la altura de las circunstancias, que

en España nadie se atrevería á apadrinar.

Tal es la ansiedad que con esto se va creando, que ya ignoramos si se puede en España, con solo el título de ciudadano, tratar de estas cuestiones en su orden abstracto y trascendental; ni si tenemos derecho de examinar si con esto se cumple la neutralidad ó se hace arma angulosa de ella para oprimir á unos y privilegiar á otros.

Sólo nos será permitido formular tres preguntas:

¿Entienden así la neutralidad las demás naciones neutrales?

La neutralidad ¿es aplicada por el Estado español por igual á clericales que á liberales?

¿Existe la igualdad de ciudadanía, y se puede ejercer el derecho constitucional de crítica, estando en pleno vigor las garantías constitucionales?

La crítica ejercida en el mundo con la libertad debida, ha obligado al Kaiser á dar explicaciones á los Estados Unidos sobre los excesos de sus tropas en Bélgica y la destrucción de la catedral de Reims; y á esta acción bienhechora de la neutralidad, rectamente entendida, es á la que no pueden renunciar los Estados neutrales, ni deben cercenar á la crítica pública.

Hay reglas para todo: para la guerra y para la neutralidad.

## Fauna dañina

Cuando la luz, amor de nuestros ojos, se apaga; cuando el sol desaparece súbitamente entre las brumas del cielo, como un barco que naufraga entre las olas del mar; cuando el día pone su cabeza debajo de su ala como pájaro que se echa á dormir; cuando el firmamento se arrebujá en sus tinieblas; cuando la noche alza triunfante su bandera negra sobre los montes; cuando las sombras avanzan con cautela por los caminos; cuando á los hombres los amodorra el sueño, las alimañas salen de sus madrigueras, los ladrones preparan sus escalos, los asesinos echan aceite en los muelles de sus navajas, los lobos se acercan á los caseríos, las zorras rondan en torno de los gallineros, los gusanos famélicos se disputan la carne muerta en el fondo de las tumbas.

Ahora se han apagado de una vez todas las luminarias que alumbraban al mundo, y en la tierra se ha hecho de noche, y el sol se nos aparece entre las nubes como un carbón quemado entre cenizas, y nuestros ojos han quedado ciegos, y nuestra mente en tinieblas, y nuestros brazos luchan en vano por desgarrar

las sombras que se ciñen á nuestro cuerpo como una llama á un tronco seco para consumirlo, y el día, el gran día boreal de la civilización va hacia su tarde, está á punto de perecer ahogado en un crepúsculo sangriento, y los tiempos crudos, los tiempos atroces de las profecías han llegado.

Y ved. Ved cómo los perros que teníamos encadenados han roto los collares de sujeción, y se han sacado los bozales restregando el morro por el suelo, y han empezado á pulular con una ferocidad siniestra. Ved cómo las fieras que teníamos enjauladas han roto los barrotes de sus encierros y bostezan enseñando sus dientes cortadores, sus rojas lenguas apetedoras de sangre. Ved cómo las mulas gritan, las mulas insaciables, las mulas que acocaban la libertad y que habíamos domesticado á estacazos, rompen las anillas á que estaban atadas y echan las herraduras por alto. Ved cómo los ladrones á quienes habíamos limado las uñas, saltan de nuevo las tapias de los corrales y entran en las casas por las puertas traseras.

La alegría es bien clara, ¿verdad? ¡Ah, qué cobarde, qué villano, qué cínico, qué innoble, el gesto de esas clases conservadoras que aprovechan estos momentos terribles porque atraviesa Europa, esta hora en que Francia é Inglaterra, apuntando el cañón de sus armas contra el imperialismo teutón dejan de velar sobre los pueblos, para soñar con retrocesos absurdos, con restauraciones de legitimidades, con la devolución de su poder temporal al papa, con rasgar Constituciones é incendiar Parlamentos, con poner á las naciones el bocado de la tiranía, con soplar sobre los pabilos del siglo de las luces, con vaciar su vientre en la historia de los últimos ciento cincuenta años! ¡Ah, qué gesto ruin, qué gesto alevoso, qué gesto de Caínes fraticidas, el de esos criminales, el de esos malvados! ¡Ah, qué gesto, qué gesto el de esa fauna dañina!

ANGEL SAMBLANCAT

Cárcel de Barcelona.

*Libros á mitad de precio  
hasta fin de Octubre*

**ALMANAQUE  
cómico DEL CARLISMO  
para 1914**

*con sesenta caricaturas  
Precio: 1 peseta.*

**LA RELIGION  
AL ALCANCE DE TODOS  
Una peseta**



# EL MOTIN



Lo que aplauden los clerics españoles,

Ayuntamiento de Madrid



# Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior....	7366'70
Joaquín Falomir (Valencia)	5'00
Agustín Martínez (ídem)...	0'45
Jacinto Martín (Sevilla)...	0'50
Rufino Mercia (Milmarcos).	1'00
Francisco Torrero (ídem)...	1'00
Mariano Casanovas (Carde-	
den).....	0'40
Adelardo Lucena (Cazalla).	1'00

Suma y sigue. .... 7376'05

## Curas y frailes militares

Farisáicamente se lamentaba días hace *El Correo Español* de que hubiera tantos sacerdotes católicos en las filas francesas; los que pudiera haber en las alemanas y acaso en las austriacas, sin duda no le preocupaban; creería que estaban muy católicamente en ellas. Y tendría gracia que algunos fueran artilleros de los que han apuntado y disparado esas piezas, que tanto gustan á *El Siglo Futuro*, contra las catedrales católicas más bellas.

Se valía de una estadística publicada por *L'Echo de París*, según la cual el número de sacerdotes seculares franceses alistados ascendía á unos siete mil. No incluía, por desconocer probablemente su cifra, el contingente de sacerdotes y de profesores legos de la frailería, sin duda mayor aún que el del clero; consiguientemente, si, que gran parte de los asuncionistas, lazaristas, salesianos, maristas, hermanos de las Escuelas cristianas; etc., se alistan como voluntarios, venidos algunos de Egipto, de Smyrna y de otros puntos.

En total calculaba *El Correo Español* unos veinticinco mil, entre presbíteros seculares, presbíteros regulares y legos regulares; treinta jesuitas, fijémonos bien, habían ya salido para sus regimientos (jesuitas y... ¿se alitaron? Su cuenta le tendría á la Orden).

De estos alistamientos ya se había lamentado el bueno de Pío X al comenzar la guerra; yo también los deploro y los repruebo; tengo del sacerdocio, ya que haya de existir, una idea tan alta, que me repugna verle otra cosa que sacerdocio, como al niño y á la mujer y al médico y al maestro, otra cosa que maestro, médico, mujer y niño.

Mil veces he dicho que es prostituir al sacerdote hacerlo maestro de escuela, ayo de niños aristócratas, oficinista, contable y administrador, periodista profesional ó asiduo, político, agente electorero, concejal,

industrial, comerciante ó tratante..., esas mil ocupaciones que, ó le prescribe ó le permite con instinto suicida la alta clerecía, en perjuicio de su carácter sagrado.

Aún haciendo de capellán, exclusivamente capellán, de un particular, creo desdorado y rebajado al sacerdote; no fué instituido su ministerio para servicio de particulares. El sacerdote á la iglesia y nada más que á la iglesia; y en ella, á su oficio sacerdotal exclusivamente; los otros menesteres artísticos, administrativos y mecánicos, para los especialistas seglares.

Cuanto el sacerdote soldado (no el castrense, que administra espiritualmente un Cuerpo militar), nada encuentro más abominable, más antieristiano. Lejos de seducirme, me horripilan las figuras de los Papas guerreros como Julio II; de los obispos, como Gelmírez, Acuña y el abate Gondy; de los presbíteros de fusil ó canana, cualquiera que sea el campo en que militen.

..

Ya ve *El Correo Español* cuán puro es mi ideal del sacerdote; y me atrevo á sostener que si el mismo hubiera sido el que de esa entidad sagrada alimentara el papado, otra fuera la suerte del catolicismo. Por desgracia, el criterio de Roma fué siempre el execrable de los carlistas, y así anda el clero de prestigio.

Pío X lamentaba los alistamientos y se olvidaba de su causa, que es el papado mismo. Si no instituyera en presbíteros, oficio de ancianos, á tantos jóvenes por el prurito de tener clero cuanto más abundante más rebajado, más dominable, y por su gran número, más ostentoso é inútil comparsa de las altas dignidades de la Iglesia, y si no hubiera dado al culto la absurda forma que tiene y tante personal supérfluo pide, ni habría exceso de clero, ni miseria y rebajamientos en sus miembros, ni se daría la posibilidad de que el Estado les llamara á sus milicias.

De los frailes no sacerdotes no hablo; para mí nunca fueron más que seglares, así hubieran hecho más votos que... Romanones en las urnas.

¿Cómo es que entre esos sacerdotes alistados, voluntariamente ó no, no figura obispo alguno? Porque los obispos son todos ancianos y la ley no les comprende.

*El Correo Español* reprueba esa ley! en vez de reprobar la práctica romana que le da contingentes de sacerdotes. Y muy bien se guarda de reprobar la conducta de los presbíteros y de los frailes que se alistan voluntarios. Y yo me pregunto: ¿acaso no los censura por timidez, cualidad que no posee el colega, ó porque... está en el secreto?

¡Ah! ¿existe un secreto? Existe, y con él, un peligro, una amenaza para la libertad, peligro y amenaza en que no ha caído ó no ha querido caer periódico español alguno, ni francés (de los que yo repaso al menos), y que ya he insinuado. Pero hagamos todavía algunas distinciones.

Muchos de esos eclesiásticos, sobre todo de los seculares, hanse incorporado en el ejército por fuerza. La ley los obligaba, sopena de tratarlos duramente como desertores. No habrá faltado entre ellos quien se aliste muy gustoso para correr á lo joven los albuces militares, ó acaso ascender en la carrera de las armas de modo que le sea posible dejar, y con ventaja, la eclesiástica. Todo esto es muy claro y comprensible.

Lo que ya se explica menos, y en ello debiéramos habernos fijado un poco, es que los frailes que se hallaban fuera de Francia, y eran los más, sin que nadie los llamara, ni los obligara, ni pudiera luego castigarlos; sin otra patria que su Orden y el convento donde ella les da de comer; con permiso y muy á gusto de su Orden respectiva, hayan acudido desde muy diversos y aún lejanos puntos al territorio francés para ser incluidos en el ejército; ¡en el ejército de la nación impía!, no lo olvidemos.

¿Patriotismo? El fraile no lo conoce; renegar de su patria, de su familia, de su tiempo y de los intereses humanos constituye la base de su condición. Y si nada patriota es el fraile en particular, menos la Orden; sin embargo, cada Orden que había tenido casas en Francia ha visto muy contenta que sus hijos franceses se alistaran. ¿No ofrece motivo esta disposición, este extraño é inusitado allanamiento para meditar sobre él?

Pues ahora el secreto, que sin duda *El Correo Español* y todos los neos conocen, pero sobre el cual la Prensa liberal no ha parado ó no quiere parar mientes. El monaquismo ha creído encontrar una ocasión de enroscarse de nuevo á Francia, militando voluntario en sus filas, adquiere un derecho de ciudadanía y un barniz de patriotismo del que mucho necesitaba.

«Ha derramado su sangre por la patria, dirán pronto en su día los reaccionarios franceses; y á los que arrojásteis, pero ellos al ver la Francia en peligro á su regazo volvieron para defenderla y morir, ¿ahora los vais á expulsar otra vez, negándoles un rincón donde orar y servir á Dios según su conciencia?»

El argumento es lo bastante especioso para que, bien manejado, produzca la vuelta del monaquismo á Francia con todas sus fatales consecuencias para la libertad. Creo que esos frailes han ido á filas forzadas



por... su Orden respectiva, que caza largo, por eso *El Correo Español* no los censura. Ya las hermanas de la Caridad han conseguido la readmisión; se que tarán acabada la guerra, y con ellas alguna que otra Orden de religiosos que ha hecho estos días con su cuenta y razón manifestaciones patrióticas.

Y Arturo Mayer, el judío converso al catolicismo, lo ha dicho por vía de prelude moduladorio en su periódico: «Terminada la guerra, Francia tendrá que ser devota nuevamente por... de engaño.»

Reflexionad liberales, republicanos españoles, si reflexionar sabéis.

FERRANDIZ

## El patriotismo de los frailes

Reflexiones de un ilustrado escritor sobre el cacareado patriotismo de curas y frailes españoles en la guerra de la Independencia:

«Figuraos al elemento religioso, lo mismo al secular que al regular, dueño casi absoluto de la nación. Pensad que á principios del siglo XIX, poco antes de comenzar la referida guerra, el valor total de la propiedad territorial de España era, según Cabarrús, de cincuenta mil millones de reales; de esta suma, pertenecían al clero doce mil quinientos millones, ó sea la cuarta parte del total de la riqueza pública para doscientos setenta y seis mil individuos que componían el elemento religioso en aquella época, y los treinta y siete mil millones restantes para más de once millones de habitantes que tenía la nación en aquel tiempo. Como cualquiera observará, la proporción por individuo, de la riqueza nacional, no podía ser más equitativa.

A cada español del estado civil le correspondía poco más de tres mil reales; la proporción de los religiosos entre los religiosos era de cerca de cuarenta y siete mil.

Era aún más grande la desproporción, pues el clero percibía por otros conceptos bastantes millones más; pero para lo que quiero demostrar basta con lo dicho, que no es poco. Agregad á esto que dominaban en todas las esferas y tendréis cabal idea de lo que el clero representaba. Moral y materialmente eran los dueños de la nación. En estas condiciones estalla la guerra; veamos el papel que las Comandades religiosas y el clero se secular representaron.

Por lo pronto, la primera felicitación que recibe Bonaparte por el despojo, que no cesión, de la Corona de España hecho á Carlos IV, la recibe del cardenal Luis de Borbón, arzobispo de Toledo.

En cuanto al comportamiento pos-

terior del clero, monásticos y seculares, están de acuerdo casi todos los historiadores imparciales: defendieron como leones sus inmensas riquezas, y no solamente vieron en los soldados napoleónicos á los usurpadores de sus bienes y privilegios presentes, sino que con singular clarividencia, justo es reconocerlo, comprendieron que los guerreros de Bonaparte traían algo más que sus bayonetas para destruir su abusivo poder: traían el cambio y relaciones de ideas que habían de remover el corrompido ambiente político de nuestra patria saturándolo de las hermosas doctrinas de la Revolución francesa.

La prueba de que más que por su amor á la patria peleaban, los que pelearon, porque veían en peligro sus cuantiosos bienes, está en el hecho cien veces repetido de que cuando nuestros ejércitos triunfaban nadie iba tan adelante como el clero en sus demostraciones de amor patrio; pero cuando la fortuna nos volvía la espalda y la causa nacional considerábase perdida, tampoco les adelantaba nadie en adular y complacer á los invasores. Abrase la Historia y se leerán infinidad de ejemplos demostrativos de cuanto voy diciendo y que yo no copio en gracia á la brevedad.

Esto hablando en términos generales y refiriéndome sólo á las colectividades, que si descendemos al detalle hay más motivos de censuras que de alabanzas.

Hubo muchos religiosos dignos, valientes y virtuosos que estuvieron á la altura de las circunstancias; pero también hubo muchos infames que deshonraron sus vestiduras portándose como miserables bandidos, violadores del derecho de gentes, y doblemente indignos, por razón del ministerio que ejercían, de pertenecer á la Humanidad.

SIMÓN CERREJÓN

## La semana de guerra

EN TODAS PARTES. — Las cosas siguen el curso emprendido la semana anterior, sin modificación notable. La diosa Victoria mariposea de ejército en ejército, sin pararse en ninguno de ellos. En la tierra todo igual y se pasa la guerra al cielo.

LA CONQUISTA DEL CIELO. — Mientras los hombres armados se disputan palmo á palmo el terreno, los viejos y las mujeres ponen su verdadero asedio á Dios para atraerle cada cual á su partido y hacerle romper la neutralidad.

CÓMO LOS FRANCESES ACUDEN Á

Dios. — Lo relata un diario clerical. Habla él:

París

«Al amoroso requerimiento del Cardenal Amette, invitando á todos sus fieles á congregarse en la iglesia de Notre Dame para implorar de Dios, de la Santísima Virgen y de los Santos Patronos y protectores de Francia la salvación del país, respondió la gran ciudad con una grandiosa manifestación de fe. Más de treinta mil personas, unidas en un mismo espíritu de religiosidad y de plegaria, llenaron las inmensas naves de la Catedral, confundiendo sus votos y sus oraciones por la salud de la patria, invadida por sus enemigos.

«Describir el recogimiento, el fervor, la emoción profunda con que sacerdotes y seglares, damas y niños, ancianos y jóvenes postráronse de rodillas en el templo, implorando el favor del cielo por los que con las armas en las manos defienden la integridad del suelo nacional, sería intento vano. Es preciso haberlo presenciado, haber respirado aquel ambiente de patriotismo y de piedad, haber contemplado la expresión de aquellos miles y miles de rostros, en los que á un tiempo se juntaban un hondo dolor y una cristiana confianza, para poder formarse idea aproximada del alma de un pueblo, azotado por la más cruel de las adversidades y á la vez animado por un soplo de resignación y de esperanza.

«Eran treinta mil los parisienses que el domingo 13 del actual diéronse cita en el magnífico templo.»

CÓMO ACUDEN Á DIOS LOS ALEMANES. — Lo cuentan los católicos de allí en una Memoria enviada á los Príncipes. Dicen:

«La declaración de la guerra y la movilización, con todas sus molestias y trabajos, produjo en el pueblo germánico una gran renovación religiosa. Durante días enteros vierónse los confesonarios rodeados de soldados y reservistas, y un gran número de militares católicos recibió la sagrada comunión antes de partir á incorporarse.

«Los que quedan en la Patria, hombres, mujeres y niños, acuden diariamente á la iglesia al rosario por la tarde, en tan gran multitud, como hasta aquí se veía sólo en la festividad del Corpus Christi.

«Numerosos individuos del clero católico marchan á los campamentos para prestar su auxilio sacerdotal á los soldados.

«Las casas religiosas están vacías; sus moradores sirven á la Patria; los edificios mismos han sido convertidos en hospitales y sanatorios para los soldados.

«El mismo Emperador alemán brilla con su buen ejemplo en esta renovación religiosa. Al anunciar á todos desde su palacio la movilización, exhortó á aquellos miles de hombres á que fuesen á las iglesias á pedir á Dios la victoria.

«La primera noticia de victoria transmitida á la hija del Emperador, duquesa de Braunschweigens, contiene exhortación para que den gracias á Dios por la victoria. Todo telegrama proveniente del cuartel general imperial lleva las palabras «Gracias sean dadas al Señor de los Ejércitos». Muéstrase nuestro pueblo alemán en estos días de prueba, fuerte en la fe; á un solo adversario no ha podido vencer; sin embargo, delante de uno sólo, se encuentra como débil y pobre: esto es, delante de la falsedad y de las mentiras que con el auxi-



lio de otros pueblos se esparcen sin dificultad alguna por el mundo entero.

Estas comuniones etc., coincidían con la siguiente noticia publicada por la prensa:

#### ORDEN BRUTAL

PARÍS 25.

«Noticias de Colmar dicen que el general Zenger, comandante de la brigada 53 de infantería alemana, ha dirigido á sus tropas una orden del día, disponiendo terminantemente que no se hagan más prisioneros; que se fusilen á todos los que sean aprehendidos, y que se remate á los heridos, pertenezcan ó no á Cuerpos armados.

Los alemanes, según esta orden, no deben dejar á un francés vivo detrás de ellos.»

LOS RUSOS BATEN EL RECORD RELIGIOSO.—He aquí el parte telegráfico:

ROMA, 22. Despachos de Viena dicen que el diario *Zeit* publica interesantes noticias de Rusia.

Según el citado periódico, el Santo Sínode ha ordenado á todo el clero ruso predique la guerra santa contra Austria y Alemania, y lo mismo en las grandes ciudades que en las aldeas más remotas, los popes, desde los púlpitos, excitan al pueblo á la lucha por la religión y por la patria, y prometen el paraíso á los que mueran combatiendo al enemigo.

Estas predicaciones han excitado enormemente al pueblo, que da muestras de un extraordinario entusiasmo.

#### EPÍLOGO.—EL PADRE-NUESTRO

Las noticias de este género, religioso llenarían muchas páginas.

Todos esos pueblos rezan á Dios el Padre Nuestro y le dicen:

—«Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.»

El perdón que dan los alemanes á los franceses, ya lo hemos visto. El que los franceses brindan á los alemanes, helo aquí:

BURDEOS 25.

«*Le Journal* publica una carta procedente de un rector suyo, en la cual se dice ser fácil tomar represalias de la destrucción de la catedral de Reims:

«Solicitamos—dice—de nuestros amigos los rusos, que cuando tomen Koenigsberg arrasen el castillo real y la iglesia, donde radican los recuerdos más sagrados de los Hohenzollern, desde el gran elector de Prusia su antepasado, como dormían en la catedral de Reims los recuerdos de la antigua Francia. Ningún crimen de lesa majestad artística se cometerá con tal destrucción, pues dichos monumentos sólo tienen valor como recuerdos. En el lugar arrasado se pondría una cruz con esta inscripción: «Recuerdo de la destrucción de la catedral de Reims, en Francia, el 19 de Septiembre de 1914.»

#### JESUCRISTO NEUTRAL

Lo dice el Papa Benedicto XV en su Encíclica sobre la paz. He aquí sus palabras:

«El Supremo Pastor Jesucristo, cuyas veces hacemos en el gobierno de la Igle-

sia, nos manda amar á todos con amor paternal. Y porque, siguiendo el ejemplo del Señor debemos estar dispuestos á dar la vida por nuestras ovejas, nuestro ánimo hacer cuanto nos sea posible para poner pronto término á esta calamidad.»

EL MOTIN se permite insinuar una idea al Sumo Pontífice, que cree estaría muy en consonancia con la misión papal y que no tendría inconveniente en suscribirla el propio Jesucristo.

Y es esta:

1.º El Papa saca á almoneda pública sus Palacios con todas sus joyas y tesoros.—El producto se destinará á resarcir á los danificados los daños de la guerra, á curar enfermos etc.

2.º Dar un *Motu proprio* incautándose de todos los bienes de frailes y monjas con el mismo fin y destino.

3.º Ordenar á los cardenales, obispos, canónigos, frailes, monjas, clérigos y cofrades de todo el orbe que formen una procesión con banderas y músicas, etc., y se interpongan entre los ejércitos beligerantes, levantando las cruces pontificiales y parroquiales, gritando á coro el orbe católico: ¡PAZ!... ¡PAZ!...

Entre tanto las campanas todas doblarán día y noche sin descanso.

Esto está de acuerdo con el ánimo del Pontífice que «se halla dispuesto á dar la vida». Esto, y fulminar excomunión contra todo católico que no deponga las armas... esto sería la paz inmediata.

Mientras el Pontífice medita esta idea de EL MOTIN, S. S. dice en su Encíclica.

«Y así, á la vez que Nos oramos á Dios, elevados los ojos y las manos al cielo, exhortamos y rogamos á todos los hijos de la Iglesia, y principalmente al clero, como él encarecidamente les exhortó, que continúen, insistan y procuren, con oraciones públicas y privadas, implorar á Dios, árbitro y dueño de todas las cosas para que, acordándose de su misericordia, deje el flagelo de la guerra que castiga los pecados de los pueblos. Rogamos sea propicia á nuestras comunes votos la Virgen Madre de Dios.

No entendemos una palabra de esta fe católica romana...

En España se dice: «á Dios rogando y con el mazo dando»: «ayúdame que yo te ayudaré»; «fiáte de la Virgen y no corras»... ¡Orar... orar... orar!... ¿Y nada más?

Menos se entiende lo de decir á Dios que «se acuerde de su misericordia»... ¿Puede olvidarla acaso?

Y si no puede olvidarla ¿á qué pedirle que se acuerde?

Menos se entiende esto otro de presentar á Dios árbitro y dueño de la guerra, y de llamar á la guerra azote y castigo de Dios...

Si es cosa de Dios ¿á qué gestionar entre los hombres?

Si depende de los hombres ¿á qué acudir innecesariamente á Dios?

Mucho menos se entienden estas otras palabras del Pontífice:

«A los que rigen los destinos de los pueblos encarecidamente rogamos y suplicamos también que procuren arreglar sus discordias para bien de la sociedad humana; que consideren que ya lleva consigo bastante miseria y luto esta vida mortal, y que conviene no hacerla más lectuosa y miserable; que se contenten con las ruinas que se han ocasionado ya y con la sangre humana que ya se ha vertido; que se apresuren á entablar negociaciones de paz y estrecharse las manos; así obtendrán de Dios premios grandes para sí y para sus pueblos y merecerán el amor y respeto de la Humanidad.»

No lo entiendo.

¿Por «sus discordias» promover esta guerra infernal, llenar de estragos la tierra, recibir contento en contemplar tal obra soberana... y recibir de Dios grandes premios?...

Pero ¿en qué quedamos? Si la guerra es castigo de Dios, los soberanos que la promueven son instrumentos divinos para el castigo justo, santo y bienhechor; no resignarse á él es rebeldía. Precipitar la paz sería resistir la voluntad justiciera de Dios...

Vaya, que no se entiende.

#### RESUMEN

Después de trastornada la Tierra, harto será que no resulte trastornado el Cielo. ¡Mayor trastorno!...

## De re monacali

Un sueltcito de EL MOTIN, ha merecido de *La Epoca* del día 24 del pasado Septiembre el siguiente comentario:

«Un periódico que se distingue por su espíritu antirreligioso—EL MOTIN—, comentando la noticia de que muchos frailes franceses han ido á las filas del Ejército y empuñando las armas para defender su Patria, escribe:

«Los frailes españoles, antes que españoles, frailes; los frailes franceses, antes que frailes, franceses.»

«Lo primero es tan injusto, tan infundado, tan caprichoso, que no hace falta más que recordar la historia de nuestra guerra de la Independencia, para convencerse de ello.

«Cuando el interés de la Patria lo ha exigido; cuando España ha visto en peligro su independencia, los religiosos españoles han sido los primeros en lanzarse al combate. ¿Quién no sabe que desde 1808 á 1813 fueron muchos los religiosos españoles que sellaron con su sangre su amor á la Patria?

«Nosotros aplaudimos el hermoso rasgo de los religiosos franceses; pero decimos al propio tiempo que los religiosos españoles sienten como los que más el amor á la Patria.»

Este comentario de *La Epoca* ha provocado á *El Correo Español* á escribir sobre el mismo tema el fondo del día 25.

El diario jaimista-cristino-mellista, aprovecha la indicación de *La Epoca* para enfurecerse, encabritar-



se en su insolente nomenclatura, y soltar un chisporroteo de nombres de clérigos españoles patriotas, que comienza con Cisneros y termina con Calderón.

De entrada á tal galería, sirve esta frase, que contiene una herejía como una catedral de Reims:

«Agraviando á la verdad y falseando la Historia,—dice EL MOTIN que los frailes españoles son antes que españoles, frailes, mientras que los franceses, antes que frailes son franceses.»

¿Agraviar á la Verdad?

¿Sí, eh? Pues, en tal caso, mienten bellacamente á Dios y á los hombres los frailes y curas que juran renunciar las cosas de la tierra para buscar el cielo. Mienten en la ordenación cuando dicen á Dios: «tú eres mi única herencia». Mienten cuando pregonan no tener más patria que la celestial y ser la tierra su destierro y su cautiverio. Falsean la doctrina de Cristo que dijo: «el que no odia á su padre y á su madre, etcétera, no puede ser mi discípulo.» Y la de San Pablo que enseña: «no haya para ti gentil ni judío, ni griego ni Romano.»

¿Estamos, *Correo Español*? La tesis de EL MOTIN es más radical todavía de lo que decía aquel suelto. Es esta: «Todo fraile, para serlo en puridad, necesita renegar antes de la Patria». Patria y religión se excluyen: se niegan implícitamente. El hombre religioso es ciudadano de la Jerusalén celestial y no de otra parte alguna. Y si no, no es religioso, ni es CATÓLICO en el sentido de su palabra, ni menos es eclesiástico, ni menos es fraile.

Y no venga el marisabidilla de *El Correo Español* con su fárrago histórico, del cual habría mucho que hablar, y no está él capacitado para ello. Principio es de la religión que dice profesar, éste: «antes obedecerás á Dios, que dice «no matar», que á los hombres que digan: «¡matar!»

Pues bien: ya sabemos por *El Correo Español* que el clero, aunque en sus votos y profesiones diga lo contrario, no renuncia á las cosas terrenales. La profesión es una pega.

En prueba de ello nos citan la Historia.

*La Epoca* acude á cien años atrás; el diario cristino, á ochocientos años. Es decir: al abuelo.

Y esto, en vez de desmentir á EL MOTIN, nos da la razón. Porque, colegas; después de aquellos frailes abuelos, vinieron los hijos, padres de los actuales; y éstos y sus padres han tenido magníficas ocasiones de ostentar su patriotismo.

Mas ¡ay! Los frailes de ahora no tienen por símbolo el Cisneros que de su peculio particular armaba galeras y emprendía conquistas y ayu-

daba á descubrir nuevos mundos. El símbolo de los frailes de ahora es... ¡Nozaleda!, que se vino á España trayéndose el último girón del imperio colonial y la última peseta filipina.

La historia moderna no cita ningún Padre Boil, auxiliando á Cristóbal Colón en la empresa de llevar españoles á América á fundar nuevos reinados. Sólo *El País* publicó la noticia de los secretos de Filipinas servidos por los Jesuitas al gobierno de los Estados Unidos, para dirigir sus escuadras á Cayite.

En aquel tiempo los frailes iban á morir entre infieles llevando la cruz cristiana donde se ofrecían á ser clavados, precediendo á los ejércitos de la nación. Ahora se dedican á ir á la retaguardia para ir cogiendo en sus alforjas el botín, y en vez de dejarse crucificar ellos, hacen fusilar á Rizal. Antes eran civilizador instrumento de la Patria: ahora son los ambiciosos que hacen de la Patria instrumento de su incultura, según el perdurable monumento de Biacnabató. Antes daban provincias á la Metrópoli: ahora se las restan. Antes sus sabios eran antorchas del mundo; ahora su ignorancia es humo pestilante.

Antes el clero español, era antes español que clérigo. Los teólogos declaraban la guerra al Papa, aconsejaban pasar a saco á Roma y ahorcar los legados pontificios cuando venía al caso. Ahora el clero español es sólo clero... ¡nada más que clero!, servil lisonjero del Vaticanismo, que lo más que puede gritar es: ¡Viva el papa-rey!

¿Quieren los colegas ahondar más en el asunto? Pues... repasen sus propias colecciones. en las cuales hallarán los esfuerzos que todos los frailes han hecho para eximirse del servicio militar, desertando del ejército de la patria, dejando huecas las plazas que sus legos debieron haber ocupado y que hubieron de llenar los hijos del Estado.

¿Es esto ser antes español, ó ser antes fraile?

Vean en sus colecciones las grandes crisis nacionales: crisis del erario y crisis de las armas. El Estado no puede construir cuarteles para sus tropas ni escuelas para su enseñanza. En cambio no hay orden de frailes que no tenga cuádruple número de edificios del que necesitaría un burgués.

La Patria está empeñada hasta la nuca, en una deuda que la ahoga. Los frailes esconden sus millones al tributo público y los envían al Extranjero.

Digan de una vez los colegas: ¿qué servicios han prestado los frailes al Estado, en pago de los servicios ominosos y aun ilegales que el Estado les ha prestado á ellos, con fraude

del pueblo, con agravio del Erario, con bochorno de las leyes y con vergüenza de la Nación... Hablen, hablen...

En cuanto al clero francés, la cuestión es más complicada de lo que los colegas fingen creer.

El clero secular de allá fué al que auxilió al gobierno á la expulsión de los frailes. El pueblo católico fué el que, con su pasividad patriótica y rebelde á las instigaciones de Roma, por boca de Lemire declaró; ¡antes Francia que el Papa!

Recuérdense las historias de los obispos de Laval y de Dijon.

Y se consumaron las dos revoluciones sin que nadie, fuera del Vaticano, soñara en requetés, en jaimistas, ni en asonadas.

*El Correo* debe conocer muy bien el disgusto del Vaticano y el berrinche del frailismo, por ver á Paul Sabatier y á los jóvenes del *Sillon*, resucitando las doctrinas galicanas de que se puede muy bien ser católico sin renegar de Francia y combatiendo la política del Papa cuando éste intriga contra la Patria.

Al «Dios, Patria y Rey» de los ceriles españoles, los católicos franceses han opuesto el «Dios trino de la Libertad, Igualdad y Fraternidad» uno en la Patria Francesa que le sirve de trono, servido por el ejército de la República.

Todos los franceses, desde los cardenales hasta los ateos furibundos, sienten orgullo de ser franceses. Los frailes propagandistas del catolicismo francés, son principalmente los frailes que llevan sus hijas de la Caridad á ser admiración de los pueblos bárbaros, y las *Escuelas Cristianas* que antes que cristianas son escuelas.

En España sólo exportamos dominicos con su Inquisición; Jesuitas con sus intrigas; gizmónería, en fin, clerical hasta los tuétanos, vaticanista, cerril y endiosada, con un requeté á la derecha y un Torquemada á la izquierda.

¿Que antes fué otra cosa?

Por esto que nuestros frailes de ahora son lo contrario de aquéllos, también se les trata de modo contrario.

No hablemos de antes, sino de ahora.

De ahora, en que los clericales españoles, en su odio á la Francia de la Libertad, han soltado los trombones de sus órganos cantando loas al Kaiser, cuyos cañones han roto la crisma y las narices del clericalismo español arrancando catedrales y universidades.

Cualquiera está autorizado para cantar el patriotismo francés, menos ese *Correo Español* que ha levantado en España cruzada contra Francia se-



ñalándola como proterva hez de las naciones.

Veinticinco mil clérigos luchan en los ejércitos franceses. Los clericales españoles han azuzado contra ellos a los alemanes. Ese ejército de consagrados es el que ha sido execrado por los jaimistas como banda de Satanás.

¿Y ahora viene *El Correo Español* a intentar defenderle?... ¡Valiente payasada!

¿Que el clero español hará lo mismo que el francés en defensa de España si la ocasión llega?

Pues... en Filipinas llegó y pasó la ocasión. Y fué calva.

Y basta por hoy.

## Sobre la emigración

Hace pocos días he celebrado una interv.é con un opulento industrial americano, que por primera vez pisa tierra española.

Los que a pesar de los muchos desengaños sufridos por la mayoría de los emigrantes y que en mil ocasiones ha hecho públicos la prensa, crean aún que las repúblicas sudamericanas son una tierra de promisión, (olvidando que todo el maná que existía en el mundo desapareció desde el tiempo de Moisés) los que aún supongan que marchando a la ventura a esos países resolverán el problema económico, deben leer con atención los párrafos siguientes.

Como no podía menos de suceder, ya lo ha dicho algún colega de Buenos Aires, haciendo coro a las lamentaciones generales, la inmigración sigue disminuyendo, no de manera accidental, como podía creerse en un principio, sino permanente, puesto que viene persistiendo desde hace muchos meses y tiende a acentuarse más cada día.

Y el hecho es lógico: la vida de los trabajadores, como la de todos los que no cuentan con más bienes que un jornal, es, desde hace tiempo, muy angustiosa; los emigrantes ni pueden ahorrar ni enviar dinero a sus familias, ni vivir con la holgura que antes vivían, salvo excepciones; y para colocarse en condiciones tan tristes debieran quedarse donde estaban.

Se ha dicho y probado mil veces, según el americano de referencia, que no hay mejor propagandista que el mismo inmigrante; y en efecto, cuando las condiciones de aquel país eran favorables, no tardó en engrosar extraordinariamente las corrientes inmigratorias, como por efecto de esa misma propaganda, no ha tardado en disminuir apenas las condiciones han empeorado.

Entre todos los males que seguirá originando la crisis, éste será indu-

dablemente el más grande, porque cada hombre que se sustrae a la actividad del país, representa un valor que adquiere proporciones fabulosas cuando se multiplica por el número que pueden llegar a sustraerse al cabo de un año y porque no es fácil desvanecer las impresiones desfavorables las corrientes migratorias, cuando éstas disminuyen por las causas que en América se han producido.

Puede calcularse que en los últimos seis meses de 1913 y en los siete que van fenecidos de 1914, aun haciendo cálculos optimistas, pasarían de 80.000 inmigrantes menos que en el año 1912.

Un periódico diario muy sensato de Buenos Aires, cuyo nombre no recuerda el industrial de referencia, hizo sobre este asunto las siguientes reflexiones:

«No falta quien hace prodigios de sofistería para destruir, sin conseguirlo, por supuesto, las afirmaciones graves que contenía uno de nuestros últimos editoriales, relativo a la inmigración, que ha costado tanto dinero al país el traerla marchándose de él apenas llegada, repitiendo la cantinela de que los que decimos tales cosas estamos empeñados en desacreditar nuestros gobiernos.»

Hay por centenares inmigrantes que apenas llegados a las repúblicas, resuelven volver a su país: la culpa de todas estas desdichas la tiene, la han tenido y la tendrán los gobiernos, de una y otra nación que soportan agentes que, cuando han acabado de reclutar los vagos de las ciudades y los crónicos de los asilos se lanzan a engañar a los sencillos a los obreros y a los campesinos, prometiéndoles que hallarán del otro lado del mar, una jauja encantadora en donde el oro se junta con pala en las calles, donde de la tierra brotan espontáneamente marengos, luis y duros.

Este es el cargo que puede formularse, esta es la causa, no única, que puede atribuirse a ese regreso anormal de tantos infelices desilusionados, y de esto debe culparse a los gobiernos, que pudiendo, como no pueden, poner un remedio eficaz e inmediato a este desorden y a este abuso, no lo hacen, como fuera justo y conveniente.

¿Qué la emigración mala es la que se ausenta de las Repúblicas americanas, y la buena se queda? Ya, ya. Ahí están los turcos, cada día más numerosos en las calles de la República. Ahí está el espectáculo de la mendicidad pública, siempre en aumento, para probar que todo lo inútil, lo insensible, lo pernicioso, es lo que se queda; y que los que se van son los que, no hallando lo que esperaran, ni resignándose a mendigar hasta que encuentren trabajo lu-

crativo, resuelven regresar a su pobre hogar.

En teoría es muy fácil sostener que en Buenos Aires halla ocupación todo el que quiere trabajar, y que nadie se muere de hambre; pero en la práctica hay muchas excepciones. Si llega un ebanista, un pintor y en general, todo artista, pasará días amargos, necesidades extremas, antes de resolverse a ocuparse en un oficio que no es el suyo.

Y eso explica que la emigración de inmigrantes se produzca especialmente entre el gremio de obreros, que llevaban por millares, no para ganar el pan cotidiano con aquellas facilidades que se les pinta al reclutarlos en sus departamentos. Y no es menester esperar los datos de las estadísticas oficiales, para estar ciertos de que no estamos equivocados.

La estadística no es siempre exacta, porque con los números se sustitifica tan bien como con las palabras, cuando se tiene el propósito de hacerles decir una cosa determinada. Y nuestra estadística oficial es muy duca en estas mañas. No necesitamos de las tardías revelaciones de la estadística para poder afirmar lo que estamos viendo y palpando, diga lo que quiera el Gobierno español, esta es la verdad de la cosa.

De ello no se sigue otro descrédito para este país que el que han arrojado sobre él los agentes reclutadores poco concienzudos y el mismo gobierno que los ha consentido y tolerado sin saber por qué.

El cuadro no puede ser menos consolador.

Como se ve, la suerte de los emigrantes a las repúblicas hispano latinas viene a ser lo que sería la de los que de allí o de otra parte viniesen aquí engañados por ilusas esperanzas. No tendrían más fruto que crueles y horribles desesperaciones.

M. MOYRÓN

Desde Finisterre.

*Libros a mitad de precio hasta fin de Octubre*

**“Milagros comentados”**

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

**CIENCIA**

**Y RELIGION**

Por Malvert

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

**La celda núm. 7**

Precio: DOS pesetas

José Nakens



## EL DINERO DE LA IGLESIA

POR

ROBERTO ROBERT

aún documentos auténticos; de que el señor abad tenía sus siervos como todo gran propietario feudal, quedan también testimonios, y aun nosotros no ha mucho, mencionamos el interesante suceso á que dió lugar el casamiento de una sierva de la abadía con un siervo del obispado, porque no se sabía si habrían de ser del abad ó del obispo los siervos que de aquella conjunción naciesen; pero faltan datos (y es una lástima) de otros bienes que aquellos buenos abades tenían á su cargo, si bien se calcula, entre lo que se sabe de positivo y lo que por conjetura se les atribuye, que las rentas de la abadía importaban *cuatro millones ciento ochenta mil reales* al año.

Aun en el año de 1789, á pesar de la impiedad reinante en las ideas, la renta importaba en total *cuatrocientos noventa y cuatro mil reales*.

¡Y eso que ya había pasado aquel glorioso período de esplendor para los pobres, ó para la Iglesia, que lo mismo da.

En 1730 había gente que fingiéndose desgraciada y miserable, pedía limosna y molestaba á los transeúntes, diciéndoles que no tenían qué comer. ¡Malvados! ¡Hipócritas! Se llamaban pobres y sin embargo, los mismos monjes que les administraban sus bienes de la abadía de San Germán, declararon en las cuentas, que sólo de aquella posesión sacaban una renta de *ciento cuarenta y dos mil trescientas veinticinco libras*.

Y se fingían pobres...

Verdad es que de esas 142.325 libras, percibía el abad *noventa mil seiscientas ochenta*, y la comunidad *cinuenta y cinco mil quinientas cuarenta y tres*; pero esos mendigos ¿tenían más que llegar á la abadía y pedir su dinero?

¡Pobre Iglesia! Ella se lo ganaba ella se lo agenciaba, ella se lo cobraba, ella se lo guardaba... todo para los pobres.

La formación de los municipios, hijos de un espíritu algo materialista, perjudicó mucho á los bienes de la Iglesia, y sobre todo á sus adquisiciones futuras.

A la vista tengo unas noticias que hacen derramar lágrimas de júbilo los impíos.

Las ciudades de Italia comenzaron á establecer que el clero no podía adquirir. Federico II, que lo oyó, va y coge y prohíbe en seguida que se vendan ó regalen bienes á las iglesias ó monasterios que pretendan no deber contribuir al sostenimiento de los gastos que ocasionan las cosas temporales.

Europa entera, en un momento de conturbación, se deja llevar del mal ejemplo y lo sigue decididamente.

La impiedad levanta su asquerosa cabeza: á fines del siglo XIII el conde de Flandes generaliza la medida y declara á los establecimientos religiosos incapacitados para adquirir bienes inmuebles.

¡Los campos y los bosques, viendo que no podían ser dados á la Iglesia, se daban al diablo, y no hacían más que producir árboles y comestibles materiales!

El espíritu maligno trajo con gozo la noticia hasta nuestra Península, y el rey de Portugal publicó en seguida un edicto prohibiendo también lo mismo.

El infierno triunfó por un momento: el oro se ponía amarillo de pesar; la plata, blanca como la cera; el cobre tenía color enfermizo: los eclesiásticos color de cobre.

Todo era triste, y sólo engordaban y reían cuatro docenas de ganapanes que no servían más que para ganarse la vida.

La Iglesia, mirando al cielo, exclamaba: ¿hay más desdichas, Señor?

¡Las había!

Llega el siglo XIV, y las bárbaras ciudades alemanas aún llevan más allá su grosero materialismo y más allá su dureza, pues van prohibiendo sucesivamente que los clérigos y las corporaciones religiosas puedan en adelante adquirir bienes inmuebles, y (¡colmo de demagogia!) que los bienes de esa clase que antes les habían sido regalados, hayan de venderse dentro de un año.

¡Obligar á la Iglesia á vender, como si fuera un mercader indigno!... ¿No era esto declarar la guerra á Dios?

¡Pero si parecía que el mismo Satanás andaba en ello!

¡Si la medida tomada por Inglaterra en el siglo XIII, se extendió en el XV como una mancha oleosa por toda Europa, prohibiendo que las iglesias y corporaciones religiosas pudiesen adquirir cosa alguna sin consentimiento del rey!

¡Era horrible!

Iba un alma de pobre camino del infierno.

Aceptando la Iglesia un donativo, podía cantar y rezar para que aquella alma se solvase.

Pero como para admitir el donativo necesitaba el consentimiento del rey, mientras se le pedía y éste lo otorgaba, el alma hacía su camino, y á veces caía despeñada á los profundos infiernos, precisamente en el momento en que habiendo acabado de entrar en posesión la Iglesia, podía ya empezar sus cantares.

¡Así se condenaron muchas almas!

Las lágrimas de la Iglesia llegaban al cielo, moviendo á compasión muchos corazones la palidez y las ojeras de la esposa mística, y los verdaderos fieles, ya que no podían darle libremente tierras y casas, le daban frioleras, oro, plata, lámparas, incensarios, verjas bien labradas, cálices, y en fin, aquellas pequeñeces con que el verdadero cariño sabe mostrarse.

La pobre Iglesia, perseguida é inocente pudo exclamar entonces: ¡Ay infeliz de la que nace hermosa! Pero hizo cosa mejor: reclamó, protestó contra aquellas restricciones.

Dijo, y dijo bien: «Poner obstáculos á las liberalidades de los que dan sus bienes á la Iglesia para que sean redimidos sus pecados, es comprometer gravemente la salvación de las almas.»

Porque en efecto, si un pecador arrepentido, al llegar al cielo no presenta documento alguno que acredite haber regalado una viña ó un campo de trigo á la abadía, ó cuando menos una tabaquera al prior, ¿cómo le han de admitir allá arriba? (Creo que es hacia arriba).

Hubo impíos... entonces había pocos, pero los hubo al fin; hubo impíos, digo, que con satánico placer veían el despojo de la Iglesia y gritaban con júbilo que la medida era justa y salvadora, porque aquellos bienes sólo servían para mantener el lujo, el despilfarro, los vicios y la ambición de los prelados.

Uno de esos impíos dijo terminantemente (¡y era sacerdote el desgraciado!) que por interés de la religión, los principes de la tierra debían despojar á la Iglesia de todas sus riquezas, pues no servían sino para corromperla.

Este fué Juan Huss; pero anda, que el cielo le castigó, y murió quemado. Quemado en hoguera, por malo.



Siempre fué el desco de la Iglesia acaparar para los pobres.

Por esto decía con mucha razón en el siglo XII: «La Iglesia no debe pagar para el sostén de las cargas públicas, por que lo que tiene es de los pobres, y los pobres nada poseen.»

Por esto decía con mucha razón en el siglo XII: «La Iglesia no debe pagar el sostén de las cargas públicas, porque lo que tiene es de los pobres, y los pobres nada poseen.»

Y Felipe de Harveng decía: «Los clérigos no deben pagar tributo al César, porque el carácter sacerdotal de que están revestidos no les permite ocuparse de asuntos mundanales.»

¡Y sin embargo no se le quería hacer caso!

Pensaban los codiciosos que cobrar era tan mundano como pagar... ¡oh error lamentable y grosero!

Cobrar la Iglesia es ocuparse del cielo; es aceptar una prueba de que se desea salvar un alma; pero pagar una contribución, un pecho, un impuesto, es cosa baja y terrenal, porque ni el rey ni el municipio han de emplear en cosas divinas el producto de la cobranza.

La claridad, la sencillez, la persuasiva elocuencia del clero no movían los empedernidos corazones de los poderes de la tierra, que no cesaban de pedir oro y más oro, cuando la Iglesia, ocupada sólo en cosas espirituales, no podía sufrir que le hablasen de dinero, cuando ya lo había recibido.

Gerhoh decía con tanto candor como santos propósitos: «Los particulares son propietarios absolutos, y deben pagar; pero el patrimonio de la Iglesia es patrimonio de los pobres, y por lo mismo no se concibe que sobre ese patrimonio puedan pesar impuestos ni cargas de ninguna clase.»

¡Oh! Pero... hay una Providencia. No admito discusión sobre este punto: hay una Providencia.

En 1179 el Concilio de Letrán se quejó de los abusos que cometían los municipios imponiendo tributos al clero para satisfacer gastos materiales, prohibió bajo pena de excomunión esa barbarie, y declaró que si el clero quería dar algo voluntariamente, podía darlo, y si no, no.

Me parece que la cosa estaba clara y que estoy viendo al Concilio puesto en jarras, con un manojo de rayos de excomunión en la mano, y diciendo á los municipios: «A ver quién es el primero que se atreve á coger un ochavo.»

Desgraciadamente el clero, no por mundanales consideraciones, sino por excesivo espíritu de caridad, seguía pagando impuestos en algunas partes.

Pero el concilio velaba por los intereses del cielo (y por los capitales también), y en 1215, viendo que el dinero de las salvaciones decrecía, repitió la anterior disposición, añadiendo que aún para pagar contribuciones voluntarias necesitaba el clero licencia del Papa.

Y Dios por debajo de cuerda ayudó también en auxilio de la Iglesia; porque esta, con lo poco que tenía recogido, pudo comprar á precios módicos las tierras que á toda prisa y con mucha necesidad vendían los barones para ir á pelear en las Cruzadas.

Y si la Iglesia no hubiese tenido dinero, ¿quién habría podido comprar aquellos bienes favoreciendo la partida de tantos héroes?

¡Oh gozo! ¡Los señores apremiados por la necesidad del dinero!

¡La Iglesia comprando al precio que vende el que necesita!

¡Qué magníficos negocios se hicieron!...

Lo menos ganaron un doscientos por ciento las almas.

La Iglesia volvió á resplandecer y con ella cada uno de sus individuos.

Todo eclesiástico era una especie de sustraendo consagrado, que con su sola presencia indicaba al labrador la cantidad de sudores suyos que se convertiría en elixir de redención.

En vano, en vano luchó largo tiempo la impiedad para cegar el cauce por donde iban las riquezas á la Iglesia. A pesar de todos los satánicos esfuerzos, se desbordaba la liberalidad de los cristianos.

Hubo algunos remolones; ¿dónde no los hay? pero remolones y todo, daban.

Dice un autor que tengo á la vista: «Apenas se establecieron los germanos en el suelo del Imperio, ya comenzaron á oírse recriminaciones contra la codicia del clero. Clodoveo decía que los santos del cielo eran amigos muy fieles, pero algo caros.»

Y pagaba.

Por lo demás, si fuéramos á citar y hacer caso de los que, groseros en sus sentimientos, querían el oro para sí y no para los clérigos, perderíamos el tiempo.

Poco nos costaría hacer mención

de Chilperico, que solía repetir: «¡El fisco real está exhausto! ¡Todos nuestros bienes van á parar á las iglesias! ¡Bien mirado, quien reina aquí son los obispos!

Y pagaba.

Carlo-Magno preguntaba á los obispos y «bades qué querían decir aconsejando á todos los hombres que renunciasen al siglo.

«¿Renuncian al siglo, pregunta, los que trabajan de continuo en aumentar los bienes que poseen, ora amenazando con las penas eternas del infierno, ora invocando el nombre de un santo para despojar de sus bienes á un hombre sencillo y sin luces, de modo que sus herederos legítimos se vean desposeídos, y que la mayor parte de éstos, impulsados por la miseria, se entreguen á todo género de torpezas y crímenes? ¿Es acaso renunciar al siglo el vivir ardiendo en deseos de apropiarse los bienes ajenos, y excitar á los hombres á que sean perjuros y levanten falsos testimonios por dinero?»

Y, sin embargo, pagaba.

Ludovico Pío, á pesar de su sobrenombre, prohibió á los obispos que aceptasen donativos, si de ello había de resultar perjuicio á menores; y también prohibió que se confiriesen órdenes sagradas si era con el objeto de heredar los bienes del futuro sacerdote; porque sin duda algún chismoso le habría ido con cuentos suponiendo que tales cosas se hacían; pues siempre hubo torpes y malévolos empeñados en creer que el clero se aprovechaba de unos bienes, que en verdad no eran sino de los pobres, como repetidamente hemos demostrado.

Los libros piadosos que tratan de dinero son muchos, y con diversas formas y palabras repiten estas bella máxima, física y teológica á un tiempo:

«Así como el agua apaga el fuego, así la limosna borra los pecados.»

Y si por rescatarse del pecado se había de dar limosna, ¿no era mejor, en vez de dársela á los pobres, que malgastan el dinero en cosas materiales, dársela á la Iglesia, que la emplea en lo que jamás nadie ha visto ni tocado?

¿Cuántos hombres, que cogen un constipado á la salida de un teatro, podrían haber cogido la salvación empleando el dinero en un par de estolas?

(Continuaré).

IMPRESA ARTÍSTICA DE SAEZ, HERMANOS.  
MONSERRAT, 7.—MADRID.